

Noaj, N°. 12-13. Diciembre de 1997



SALOMÓN RESNIK, TRADUCTOR Y ENSAYISTA LITERARIO

- Opatoschu, José. En el destierro, pp. 13-15
- Resnik, Salomón. Las letras judías después de la gran guerra, pp. 15-21



**E**NDEREZOSE Wolkoff, dio unos pasos hacia atrás y contempló el árbol que acababa de plantar. Cerca de la ventana había un pino de Navidad, del que colgaban juguetes de colorinches, velas multicolores. Higos envueltos en papel platinado, dátiles enrollados en papel dorado asomaban, chillones, de entre las verdes yemas. Corderitos blancos, con cintas rojas en los cuellos, miraban sumisamente desde las ramas, que se hundían de tanto peso. El pino, engalanado, parecía pedir que prendieran las velitas, a fin de que los juguetes refulgieran en decenas de colores, se hundieran en la plata y el oro y llenaran de alegría la habitación.

Sentóse Wolkoff en una mecedora, miró el pino y no se extrañó de que se sintiera invadido por una gran pesadumbre, que crecía a medida que contemplaba el árbol. Fuera de Petia, su hijito de seis años, que estaba envolviendo nueces en papel plateado, no había nadie en la casa. Su mujer y el chico mayor habían salido a invitar a los amigos con sus niños para festejar el árbol de Navidad. Wolkoff explicaba su mal humor por la vulgaridad con que recibía la Noche Buena en Nueva York, por el hecho de que unos judíos estarían en

## En el destierro

José Opatoschu

su casa hasta altas horas de la noche jugando a los naipes, aun cuando su corazón le decía que él estaba engañándose a sí mismo, que había en su camino algo de que tenía que librarse. Y cada vez que se miraba por dentro, todo se desvanecía en torno suyo y la congoja se hacía mayor.

Wolkoff, antiguo presidente del Banco de Azov y del Don, había vivido con su mujer ocho años, sin pensar nunca que fuera judía. Su tío, un viejo terrateniente que lo visitó dos veces en el curso de esos ocho años, sacaba a relucir, después de una copita de más, su linaje hasta la cuarta y quinta generación, asegurando que los Wolkoff habían construido Zaritzin, se ponía a besar al sobrino y terminaba cada vez susurrándole al oído:

—Es tiempo, Iliuscha, de pensar en el alma... Gruschenka, tu mujer, es buena, muy buena, pero eso de no abrazar nuestra fe, de no hacerse ortodoxa...

Wolkoff, bien impresionado, prometía cada vez al tío que hablaría al respecto con Gruschenka, y apenas el viejo se iba, olvidábase de todo. Vivía dichoso con su mujer, con los dos hijos, Vania y Petia, que ella le había dado, y como él mismo tampoco iba a la iglesia, no veía diferencia alguna entre sí y Gruschenka.

Al noveno año de su casamiento, los bolcheviques entraron en Zaritzin. Wolkoff, sabiendo que iban a confiscar los fondos del Banco, se apropió de todo el dinero que pudo, se llevó a su familia, huyó a Siberia y de allí pasó a los Estados Unidos.

Desde el primer día que vinieron a Nueva York, sintió Wolkoff que su mujer era judía. Inmediatamente aparecieron tíos y tías, que no dejaban de preocuparse por ellos, ni los dejaban un minuto solos. Al día siguiente se mostraron tan familiares que dejaron de prestarle atención a Wolkoff, cacareaban en ídish, y el cristiano tenía la sensación de que sólo hablaban de él.

El dueño de la casa donde alquilaron una habitación era un judío ruso, médico. Con éste, supuso Wolkoff, haría buenas migas. Pero pronto se dio cuenta que el médico tenía la mala costumbre de no tomar en consideración que él, Wolkoff, era un ruso, que no entendía su idioma, y cuando hablaba, pasaba al empleo del ídish.

Observó que Gruschenka cambiaba de día en día, entendía lo que le decían y ella misma se ponía a conversar en ídish, demostrando gran satisfacción, como si despertaran en ella antiguos recuerdos, largamente olvidados. Sólo él permanecía mudo, se cansaba de preguntar por qué se reía la gente, sentíase hecho un tonto y le parecía que sobraba allí.

Lo que más sentía era por los niños. La calle y sus compañeros judíos —de esto estaba seguro Wolkoff— alejaban del todo a sus hijos de él. Ellos se quejaban ante la madre por qué no eran circuncisos, como los chicos de tía Fanny. El padre, al oírlo, se ponía furioso, reprochaba a su mujer que echaba a perder a los niños, que no había que mandarlos a casa de las tías, pero al rato se arrepentía, quedábase sentado, impotente, y se consolaba que de un día u otro caerían los bolcheviques. Entonces volvería a Zaritzin, no se quedaría en el

Nueva York judío, donde debía trabajar el día entero en una oficina de vapores por cien dólares al mes, y cuando venía a su casa, todo le parecía extraño: los amigos, la mujer y hasta los hijos.

Si alguna vez iba de visita a casas donde se hablaba el ruso, bastaba que los invitados probaran un poco de licor para ponerse a cantar canciones judías, que chillaban en sus oídos. Wolkoff tenía la impresión de que todos gritaban: “¡Ay-way, ay-way!” y no comprendía cómo Gruschenka, encendida, podía acompañarlos.

Notó que la familia lo mimaba a Vania, un niño pálido y delicado. Decían que tenía el aire de la familia. Wolkoff empezó a observar al chico, buscó algún parecido consigo y no lo encontró. Resolvió que Venia era un “judihuelo” y sintió más cariño por Petia. Regocijábale de que éste fuese travieso, que sus cabellos albinos le cayeran sobre los ojos, lo mismo que a él, Wolkoff; que remedara a sus tías cuando hablaban el ídish al unísono, y comenzó a dedicarse más a Petia.

Ahora, viendo cómo Petia envolvía las nueces, recordó Wolkoff que él también hacía lo mismo cuando ayudaba a engalanar el árbol de Navidad. Algo familiar despertó en él, lo llenó de calor, y exclamó:

—¡Petia, acércate!

El niño dejó las nueces y se tiró en brazos del padre:

—¡Papá! ¡Papá!

—¿Sabes, Petia, que eres ortodoxo?

El niño no comprendió lo que el padre le decía y abrió desmesuradamente sus ojos azules.

—Eres ortodoxo, Petia, ortodoxo. Tus bisabuelos construyeron Zaritzin, no vivían en una casa de vecindad en medio de judíos, y tu abuela, Nastasia, no corría, la noche de Navidad, a invitar a judíos a la fiesta, como lo hace tu madre. Propietarios, verdaderos propietarios acudían a ella, y no una chusma como aquí.

Wolkoff besaba a Petia, lo abrazaba. Por primera vez se puso a hablarle de Jesús, de su muerte, de cómo los judíos lo crucificaron, contándoselo con todos los pormenores, tal cual persistía en su memoria, y cuando notó lágrimas en los ojos de Petia olvidóse que debían llegar visitas, prendió las velas, arrodillóse con

Petia delante del pino y se puso a cantar quedamente.

Las llamas se reflejaban en los juguetes, se hundían en el papel plateado y dorado, inundaron de suave rojez a los blancos corderitos y un cántico triste y pausado expandióse por la habitación.

## Las letras judías después de la gran guerra

Salomón Resnick

**L**OS ciclos literarios, a semejanza de los períodos históricos, suelen ser vinculados a algún suceso descollante que los ha inspirado directa o lejanamente. Esta clasificación es harto relativa, así en literatura como en historia, y si se acude a ella no es tanto por su valor real, como por las comodidades que ofrece para abarcar una época determinada. Ningún acontecimiento trascendental ha comenzado exactamente en la fecha que le marca la historia como punto de partida; siempre ha habido, antes de su estallido, movimientos de opinión o de hecho que han preparado el ambiente, que se han ido ajustando poco a poco a la nueva mentalidad o al nuevo estado de cosas que surge luego, como consecuencia de aquella fermentación social o psicológica, en una fecha deter-

minada. Se dice por lo general que una revolución, un movimiento de ideas o la edad de oro de una literatura ha empezado en tal o cual año; mas conviene no olvidar que en la vida de los pueblos esos sucesos no se producen bruscamente; todos ellos vienen precedidos de una incubación previa, a veces dolorosa y sangrienta, que arranca en senderos al parecer insignificantes, pero que son, en el fondo, a la manera de los riachuelos que afluyen a engrosar la corriente caudalosa del río, los que forman la raigambre del nuevo movimiento.

Sin embargo, se acostumbra tomar para la fijación de las eras literarias un suceso histórico ligado en alguna forma con aquéllas y que sirve de pauta para el análisis de las vicisitudes experimentadas por una literatura, su ascensión o su regreso, su elevación o su decadencia, sus desviaciones, sus rumbos nuevos. En el caso que ahora nos interesa, en lo que atañe a la evolución de la literatura ídich en

Fragmento del ensayo *Esquema de la literatura judía* (Bs.As., 1933).



los últimos quince años, hemos elegido como punto de partida, como suceso histórico que inicia para ella un ciclo novedoso, la última guerra europea. Esta marca una etapa memorable y dolorosa en la vida del pueblo judío. Ella ha trastornado a tal punto su régimen de vida social, económico y moral, que no es posible hablar de un panorama espiritual del judaísmo contemporáneo sin tomar como eje de rotación a la gran guerra. Naturalmente, conforme a lo anotado más arriba, no nos ajustaremos, en este capítulo, al fatídico año 1914 en que se desencadenó la hecatombe fratricida; lo que a nosotros nos interesa no es la fecha de una batalla, sino el cambio operado en las letras judías por la conflagración con todas sus irradiaciones: la guerra civil, los pogroms, el hambre, el nacimiento de un nuevo régimen social, la transformación psicológica y económica del grueso de la población israelita de Europa, etc. Tampoco hemos de restringirnos únicamente a lo que ha ocurrido después de 1914; eso no sería exacto, puesto que los gérmenes de la transformación producida en la literatura idish existían ya, como lo veremos luego, antes de que sobreviniera la triste matanza.

En los años anteriores a la guerra europea, Polonia concentraba las mejores fuerzas literarias judías y era, sobre todo, el punto céntrico de las editoriales israelitas. En torno de Peretz se agrupaban, respetuosos y anhelantes, los autores consagrados y noveles, y las prensas de Varsovia y Wilna inundaban el mercado con obras judías. Nueva York, donde se había formado asimismo un centro literario de importancia, con figuras tan destacadas como Iehosach, Rosenfeld, Pinsky, Gordin, Kobrin y otros, entre los viejos, y Opatoschu, Mani Leib, Leivik y veinte más entre los jóvenes, competía en cierto modo con el grupo polonés, sin que esta competencia tuviese en ningún momento el más leve carácter de hostilidad. Por el contrario, notá-

base en el núcleo americano cierto respeto innato por el viejo ambiente literario de Polonia, del cual procedía, por otra parte, la mayoría de los componentes del grupo americano. Existían, sí, diferencias entre ambas corrientes, mas ellas no pasaban del terreno estético; eran maneras diversas de enfocar literariamente los aspectos de la vida judía, sin que estas divergencias llegaran a conflictos extremos, a disidencias incompatibles.

Salvo preferencias de orden personal o estético, no existían por aquel entonces desavenencias mayores dentro de la familia literaria. De vez en cuando aparecían grupos juveniles o “escuelas”, como se les llama en la terminología literaria, con su natural alboroto sobre la necesidad de reformar la métrica, pero bien pronto estos jóvenes se aclimataban y al llegar a ciertas posiciones de responsabilidad, perdían sus ímpetus iconoclastas, conforme ocurre en otros órdenes de la vida.

La perturbación general nacida a consecuencia de la guerra europea puso término a ese plácido estado de cosas. En primer lugar, los países extra-europeos, especialmente los Estados Unidos, acostumbráronse a prestar mayor atención a sus propios elementos y a prescindir, por la fuerza de los hechos, de la tutela europea. La interrupción material de relaciones entre ambos grupos literarios dio lugar, con el andar del tiempo, a que se acentuara la independencia de los americanos. Mientras tanto, y antes aún de que se reanudaran los vínculos, las figuras más preclaras de la literatura judía, Peretz, Sholem Aleijem, Abramovich, Ans-ky, Dinesohn, Rosenfeld, Frug, etc., que encarnaban la vieja tradición literaria y eran objeto de general consideración, habían desaparecido, y otras no menos prestigiosas, como Asch, Reisen, Niguer, etc., se radicaron en los Estados Unidos; de manera que, después de la hecatombe memorable, las letras judías

de Europa dejaron de ejercer su antigua atracción sobre el núcleo americano, por haber adquirido vuelo éste, en tanto que aquél se había estancado. Sin embargo, este proceso centrífugo que se verificaba dentro del sector americano no habría causado mayores discrepancias, dada la concordia existente entre los dos centros literarios. A lo sumo se habrían complementado mutuamente, añadiendo así un nuevo aspecto y un colorido novedoso a las letras judías; por lo demás, este trasplante de los centros no es un fenómeno novedoso en la historia judía, siendo, por el contrario, uno de los secretos de la conservación integral del pueblo hebreo. Como en el fondo la bifurcación no era sino geográfica, no había peligro alguno para el desenvolvimiento de la literatura judía considerada como unidad.

Pero sobrevino la revolución rusa, que arrasó el orden existente en todas sus fases: política, económica y espiritual. La rígida disciplina impuesta por los gobernantes moscovitas halló en sus adeptos judíos entusiastas y decididos partidarios. Y la transformación se produjo también en el orden literario. Nació una nueva doctrina estética, ajustada al dogma marxista: una literatura esencialmente proletaria, por su orientación y por sus temas. Esta teoría, junto con la formación de un grupo literario dentro de sus cánones, vino a ahondar más aún, y esta vez en forma categórica, la división operada en las filas de la literatura ídich. A los dos grupos definidos, Varsovia y Nueva York, agregóse otro, mucho más audaz y pretencioso, que negaba jactanciosamente a ambos: el de Moscú. Esta vez ya no se trataba de ser complemento de lo existente, sino de algo más atrevido: el núcleo ruso comenzó por menospreciar y negar el valor de la producción anterior a 1917 y no titubeó en declararse enemigo de los escritores judíos que no comulgaban con su credo literario, renegando así a toda continuidad y a toda perspectiva de unidad.

Este cisma marca la división más honda, la discrepancia más profunda que se haya notado jamás en la literatura ídich. Frente a los postulados y anhelos de la literatura proletaria resultan insignificantes las divergencias habidas entre un grupo literario y otro de un mismo país o bien entre los escritores radicados en Polonia y los establecidos en Nueva York; el conflicto que plantean los autores rusos es más fundamental, más categórico, y si bien su aporte literario no predomina en la orientación de las letras israelitas, no hay que olvidar, en cambio, que ese bagaje se va enriqueciendo de año en año, con toda la autoridad que le presta su carácter de producción oficial. No cabe duda que, pese a sus fallas, la literatura judía de Rusia, lo mismo que la vida de los israelitas en la URSS, se amoldará a sus cánones propios, bien distintos de los que predominan fuera de la Unión Soviética, con lo cual el ídich contará con una corriente separatista de importancia, casi con una literatura más.

Este fraccionamiento de la literatura ídich es sólo uno de sus rasgos característicos de la post-guerra. A las discrepancias estéticas o ideológicas se suman otros factores que quiebran su antigua línea homogénea. A los signos externos relacionados con los escritores, con su agrupación en capillas o escuelas, hay que añadir el cultivo de nuevos temas, el planteo de problemas y preocupaciones inquietantes, inspirados por el espíritu de nuestros días, y de un modo general, por la tendencia hacia la universalidad.

El renacimiento de la literatura ídich, emprendido en las postrimerías de la centuria pasada, se desarrolló en un período de relativa tranquilidad en la vida judía; los primeros escritores de esta edad de oro —Abramovich, Sholem Aleijem, Peretz, Dinesohn, Spector— se sintieron atraídos por el medio ambiente, cuya atmósfera social y psicológica trazaron en una serie de obras maestras. La vida rutinaria

del judío concentrado en los ghettos de Rusia y Polonia; sus conflictos inmediatos; la descripción de sus costumbres; en una palabra, todo aquello que constituía la vida patriarcal israelita, eso fue el tema preferido de aquel ciclo. Hasta los primeros años del siglo XX los escritores judíos giraban en torno de esa existencia limitada, escudriñándola, censurándola, pero sin salirse de su zona de influencia. El pueblecillo calmoso con sus habitantes separados física y mentalmente de Europea, era el escenario en que se desarrollaban los sucesos reflejados por los autores de la época; un mundo material y espiritualmente rezagado, extraño al resto de la humanidad.

El advenimiento de un núcleo de escritores jóvenes, en la primera década de este siglo, ensanchó el horizonte estrecho de esa literatura. Asch, Nomborg, Reisen, Unioji y otros más marcan el paso del pueblecillo arcaico y adormecido a las urbes tumultuosas y cosmopolitas.

Ellos introdujeron nuevos tipos, tomados sobre todo entre la juventud, e inquietudes desconocidas hasta entonces. Esa pléyade, al mismo tiempo que pintaba la tradicional vida israelita, descubría al judío nuevo, el de la ciudad, con sus preocupaciones torturantes y su trágica desesperanza. La atmósfera en que se mueven estos tipos ya no tiene la apacible seguridad que caracterizaba a la generación anterior, concentrada en el pueblecillo de tipo vetusto; ahora se mueven en medio de un mundo enorme y hostil. A sus decepciones causadas por la vida moderna uniósse el dolor provocado por un mal especial: los pogroms, que inspiraron a algunos jóvenes escritores, tales como Schapiro, Schneur, Bercovich, páginas de honda pesadumbre y de vigoroso colorido. Nótese en la producción de este período que la vida judía va perdiendo su base histórica, su refugio salvador, y esta sensación flota en casi todos los autores de este ciclo de un modo imperceptible, confuso, diluido.

Poco tiempo antes de la gran guerra surge un notable novelista que resume admirablemente este estado caótico, agonizante, de una vida idílica que se va extinguiendo sin remedio. Es David Bergelsohn, cuya obra clausura ese período e inaugura uno nuevo, el de la post-guerra, no sólo por la razón apuntada, sino porque él representa un lazo de unión entre ambas épocas, habiendosido, de los autores consagrados, el que con más entusiasmo ha abrazado las nuevas modalidades literarias. Bergelsohn, es, en efecto, el prosista de mayor enjundia que la literatura proletaria puede ostentar; pero conviene advertir que su obra más valiosa es anterior a la revolución rusa y enteramente contraria, por su espíritu, a la ideología que los paladines de aquélla pretenden imponer. Bergelsohn, pintor de un ambiente en decadencia, fino y aristocrático, renegó de pronto de su anterior manera literaria, y adoptó, a igual de varios otros escritores de menor cuantía, la orientación estética dictada por los críticos marxistas. Ahora sus novelas, en lugar de describir el desmoronamiento de las antiguas normas de la vida judía, pintan, en recios colores, los tipos surgidos al amparo del nuevo régimen: el agricultor, el artesano, el jornalero, el obrero de la nueva restauración económica. A Bergelsohn y a su doble fisonomía hemos de referirnos más adelante. Por ahora dejemos sentado que él encarna el punto de separación entre ambas épocas, y veamos qué otros síntomas, fuera de las disidencias ideológicas y del cambio de temática caracterizan al período de que hablamos.

La decadencia del viejo mundo judío y las amargas experimentadas por el nuevo régimen de vida despertaron el ansia de olvidar la realidad y el anhelo de hallar un contenido superior para la existencia vulgar. Así nació el romanticismo de Peretz, quien buscó en la tradición jasídica y en la leyenda popular nuevas formas de vida elevada. La historia y el folklore, antes menospreciados por las letras

israelitas, se convirtieron, en los años precedentes y sucesivos a la gran contienda, en una fuente de inspiración. Primeramente empezaron a cundir las Memorias, en las que se resucitaron, en forma sencilla y testimonial, los episodios salientes de las generaciones poco distantes de la nuestra. Este género, que desde el libro de Glückel von Hameln, escrito a fines del siglo XVII, no había sido cultivado en idish, adquirió de pronto un desenvolvimiento notable. En vísperas de la guerra mundial, Ezequiel Kotik publicaba sus dos densos volúmenes de recuerdos sobre la vida judía en Rusia en el siglo XIX, reflejando diestramente las costumbres, los tipos característicos y los conflictos ideológicos. Otros autores, entre ellos Katzovich, Kopilov, Mijalevich, Kahan, Wigodsky, revivieron también en páginas de diverso valor épocas distintas de la vida israelita. A este retorno al pasado inmediato siguió la evocación, no personal sino histórica, del pasado mediato, en forma de épocas o de personajes reales o simbólicos. Un escritor de recias líneas, José Opatoschu, abordó la novela histórica con una trilogía de alto vuelo. Algunos poetas, por su parte, acudieron al drama simbólico para revivir figuras hondamente arraigadas en el alma popular; citemos de entre ellos a Leivik con su *Golem*, los dramas mesiánicos de Schwarzman, Kulbak, Leieles, Zeitlin y otros. También Sholem Asch cultivó con éxito este género, produciendo novelas y dramas de carácter histórico.

Estas obras, además de constituir una novedad en la literatura idish, que hasta entonces no pasaba de la descripción de la realidad tangible, introdujeron en ella un elemento que antes le faltaba: la novela orgánica. Casi todos los escritores israelitas de la pre-guerra cultivaron con preferencia el relato breve, esquemático, episódico. No contaban las letras judías con novelas de gran extensión; diríase que la pobreza de la vida circundante no inspiraba concepciones de

mayor alcance. En cambio, el ciclo siguiente, que nace de hecho con Bergelson, ha producido una serie de novelistas de amplios contornos; con el ensanchamiento del horizonte de la vida judía abriéronse también nuevas perspectivas para sus escritores. En lugar del pueblecillo minúsculo apareció en la escena literaria la gran ciudad y el mundo todo; al hombre sumido en el Bet Hamidrash sucedió el judío moderno, vinculado a los problemas de su tiempo; al intelectual enfermizo que en la primera década del siglo buscaba desesperadamente una explicación metafísica de Dios y del universo, siguió el judío actual, forjado por las calamidades múltiples de la guerra y por la despiadada lucha social. Nuevos tipos, preocupaciones desconocidas hasta entonces, un sentido novedoso de la realidad surgieron a la vida y hallaron su expresión no ya en el cuento corto, sino en la novela densa y en el poema completo.

Y lo que ocurre con la prosa acaece también, si no en mayor escala, en el terreno de la poesía. Los bardos de la post-guerra ya no cultivan con preferencia el tema y la atmósfera judíos. Tienden a lo general, así en lo que respecta a la naturaleza como en lo que atañe a motivos de otro orden. La actual poesía, en la que resuenan acentos e inquietudes novedosos, ha abandonado sus antiguas huellas de tristeza nacional para abordar abiertamente la lírica subjetiva y los problemas actuales, enfocados con un elevado sentido de arte; dentro de esta pléyade de poetas se distinguen algunas mujeres, cuyo acento personal se trasluce en la ternura femenina que respiran sus poemas.

La nueva orientación literaria que ha comenzado poco antes de la gran guerra ha nacido como reflejo de un estado de apatía general, de desilusión, de un estado de ánimo que anunciaba la extinción del vetusto régimen de vida judía. El paso del pueblecillo a la urbe, el contacto con las normas de vidas occidentales trastornó por comple-

to la mentalidad de la nueva generación israelita, que se entregó al pesimismo y al desencanto. La literatura, en la medida en que es espejo de su tiempo, ha tenido que reflejar este estado de ánimo, este cambio esencial en la vida del pueblo. Y lo ha hecho, en efecto, comenzando por describir el caos moral en que vivía la juventud en las grandes ciudades, por un lado, y el período de decadencia del tradicional ambiente judío, representado por el villorio típico, con sus maneras, hábitos y tipos peculiares, por el otro.

En los albores de este siglo, la aparición de Sholem Asch marca la introducción, como tema preferido, de ese pueblecillo, enfocado con un criterio romántico. Antes de él, los escritores más antiguos, tales como Abramovich, Linetzky, Sholem Aleijem, Peretz, se movían, es verdad, dentro de esa órbita. Pero la actitud de esos autores frente al pueblecillo tradicional era crítica, demoledora. Animados por un deseo de remover la vida judía, dichos autores, al describir las costumbres vetustas, emplearon la nota acre, el tono irónico, sarcástico. Asch siguió otro derrotero. Se sobrepuso a la realidad miserable y descubrió el aspecto risueño, sabático, de la vida judía. Por eso su primera gran obra, "Un pueblecillo", es, en suma, un poema, un himno, antes que una descripción de la realidad concreta. Verdad es que al lado de esta visión romántica Asch ha descubierto también el sector prosaico del pueblecillo, las callejuelas apartadas en que vivían los hombres de baja estofa, de sentimientos rudimentarios y de pasiones violentas; mas este mundo aislado sólo le sirvió de contrapeso, de tinte para acrecentar la luz de su magistral evocación romántica del judío tradicional y acaudalado.

Asch, que encabeza un ciclo literario, es el escritor más notable de la pléyade que ha surgido al comienzo de esta centuria. En visperas de la gran guerra aparecen nuevas corrientes literarias, y el

escritor que se coloca al frente de este movimiento y que es, a su vez, el más descollante del grupo, se inspira también en el pueblecillo, pinta asimismo al judío tradicional y acaudalado. Este escritor es David Bergelson; pero, a la inversa de Asch, ya no entona loas a la vida apacible y reconcentrada del pueblecillo judío; lo que vislumbra es el ocaso de ese mundo, su extinción lenta, magnífica, dolorosa, análoga a la de esas familias de linaje glorioso que se extinguen, solitarias y soberbias, en el silencio de sus mansiones repletas de recuerdos familiares y de insignias ilustres.

En los quince años transcurridos entre la aparición de Asch y la de Bergelson, la vida judía sufrió una honda transformación. El experimento de la primera revolución rusa, de la que tan desencantada quedó la juventud israelita; la ola de pogroms que ella acarreó como consecuencia; el traslado de esa juventud a las grandes ciudades y su participación en los movimientos sociales e ideológicos; la emigración a América; en una palabra, el acercamiento físico e intelectual con el Occidente que todos esos hechos involucran, ha modificado fundamentalmente la psicología del judío moderno. La paz del alma que aquél encontraba antes en la sinagoga arcaica o las leves inquietudes espirituales que provocaba en él la lectura de los ingenuos escritores hebreos de corte moderno, perdió su equilibrio y su significación apenas se puso en contacto con la compleja civilización europea. Bergelson, que es uno de los más robustos escritores que produjera la literatura idish en los últimos quince años, ha sorprendido este proceso de descomposición y lo ha reflejado en una serie de obras maestras.

El proceso de humanización de las letras judías, su universalización, no se produjo únicamente por dentro. Junto con la generalización de sus temas y con su traslado del ghetto al mundo populoso, la literatura

ídish abandonó también su lugar apartado para incorporarse al concierto de las literaturas europeas. El signo más evidente de este hecho lo constituye su admisión oficial en la organización internacional de los Clubs de poetas, ensayistas y novelistas (Pen-Clubs).

No fue tarea fácil obtener esta inclusión. Primaba en la organización de los Pen-Clubs un criterio geográfico. Los escritores de un país determinado, cualesquiera que fuesen los idiomas que cultivasen, no podían congregarse más que en un solo club. Esta determinación excluía la posibilidad de que hubiese un núcleo especial de escritores en ídish, pues estando diseminados éstos por todo el orbe, lo único que cabía era adherirse a los clubs de sus respectivos países.

...Gracias a las gestiones de un grupo de autores en ídish, un congreso de los Pen-clubs les acordó la personería solicitada. La cuestión fue debatida en el quinto congreso internacional de los Pen-clubs, celebrado en Bruselas, en 1927. Un memorial explicativo de los escritores israelitas, que señalaba la evolución de su literatura y las condiciones especiales en que les toca desenvolverse, dio margen a un prolongado cambio de ideas, en medio de una atmósfera de evidente simpatía hacia las letras judías, resolviéndose finalmente admitirlas como entidad independiente y equiparar su lengua a la categoría de un territorio, de manera que representara al "país ídish", eufemismo que no violaba aparentemente el principio en vigencia y que en el fondo lo ampliaba radicalmente.

En el congreso del año siguiente, el Pen-Club judío estuvo ya representado oficialmente por un delegado especial, el novelista José Opatoschu, merced a cuyas gestiones el ídish y su literatura llegaron a ser conocidos en esferas que antes les estaban vedadas. En el de 1929, segundo en que intervino en forma directa la literatura ídish, ésta estuvo representada por una de sus figuras más eminentes: Sho-

lem Asch. En virtud de esta incorporación, la literatura judía, antes ignorada, adquirió personería ante los escritores de todo el mundo, entró en contacto con las literaturas de los demás pueblos, con el consiguiente beneficio que semejante reconocimiento implica para ella.

También la Argentina, donde el florecimiento del ídish apenas si pasa de un cuarto de siglo, cuenta ya con su pequeño contingente de prosistas no desprovistos de valor. Citemos de entre ellos a B. Bendersky, que ha descrito la vida campestre, particularizándose con el mundo animal; I. Helfman, cuentista de estados de ánimo escépticos; A. Brodsky, ya fallecido, narrador y dramaturgo; M. Alperson, que se ha hecho renombre con sus Memorias sobre la colonización judía en la Argentina; S. Glaserman, que cultiva con preferencia el género dramático; Z. Schneider, autor de relatos sobre las colonias israelitas; P. Wald, que ha evocado tipos y momentos de la vida colectiva urbana; I. Flapan, I. Rabinovich y A. Goldberg, cuentistas que pretenden amoldarse a las nuevas normas izquierdistas; Z. Waserzug, autor de narraciones infantiles; S. I. Hurwitz, publicista que ha reflejado en un libro la historia de la colonización judía en Entre Ríos; N. Zucker, que cultiva la narración humorística. Incluyamos asimismo a dos publicistas destacados, P. Katz, brillante traductor y autor de una historia del periodismo judío en la Argentina, y J. Mendelson, periodista fecundo, ensayista y traductor feliz, cuya labor dispersa no ha sido recogida en volumen. A estos autores, surgidos en nuestro medio, deben agregarse los que actúan aquí pero que han llegado de Europa con cierto bagaje literario, tales como I. Botaschansky, hábil escritor que se desperdicia por cultivar demasiados géneros; L. Zhitnitsky, publicista, y varios otros.

